

MAQUIAVELO: PASIÓN POR LA POLÍTICA Y POLÍTICA DE LAS PASIONES

Machiavelli: passion for politics and policy of the passions

Luciano ESPINOSA RUBIO
Universidad de Salamanca

Fecha final de recepción: 15 de septiembre de 2013

Fecha de aceptación definitiva: 22 de octubre de 2013

RESUMEN: Más allá de cualquier prejuicio, podemos escoger lo que necesitemos del pensamiento político de Maquiavelo, por ejemplo, la defensa de la autonomía de la política y de los derechos de todos los ciudadanos. Y también la atención prestada a las pasiones —la perenne materia humana—, cuya fuerza debe ser moldeada por la política y educada por la organización social para lograr la libertad republicana.

Palabras clave: Política, pasión, ser humano, fuerza, educación.

ABSTRACT: Beyond prejudices of any kind, we can choose what we need of Machiavelli's political thinking, for example the defence of the autonomy of politics and the rights of all citizens. Also, the attention paid to passion —the perennial human matter—, force that must be moulded by politics and educated by the social organization in order to obtain the republican liberty.

Key words: Politics, passion, human being, force, education.

1. SENTIDO Y PROPÓSITO

A la vista del enunciado del tema, lo primero que debe decirse es que Maquiavelo fue un hombre apasionado, vitalista y temperamental, volcado en la acción múltiple que daba cauce a esa forma de ser: de talante vivaz y enamorado, son elocuentes sus ocupaciones públicas como soldado y estratega, diplomático (se calcula que viajó unos 60.000 km) o experto en logística, pero también como historiador, literato,

músico y dibujante. Alguien poco sospechoso de heterodoxia y bien adiestrado en la inspección mental como el psiquiatra Vallejo Nájera ha salido al paso de las descalificaciones tópicas que se hacen del italiano y lo ha definido como «hombre alegre, bondadoso y honesto (...) inevitablemente se siente por él admiración, simpatía, afecto y respeto» (Vallejo Nájera, 1989: 15). Luego es obligado abandonar los viejos prejuicios y ver con la imparcialidad que sea posible lo mucho que tiene que enseñar en positivo y en negativo, especialmente a la hora de diferenciar –en una época tan descreída como la nuestra– entre la importancia insustituible de la política y la crítica más que legítima a los políticos.

Por otro lado, cuando le atribuimos apasionamiento se incluye también sinceridad, patriotismo y decisión para afrontar los graves asuntos políticos en juego, dada la época de crisis y cambios generalizados que le tocó vivir. No se trata de convertirlo en una especie de oráculo, pero hay que reconocer su lucidez extraordinaria para mostrar la complejidad del poder (sin limitarse a un uso estratégico) y la dureza de los desafíos de la gobernación. Lo que significa asumir que hay contradicciones irreductibles y que no es sensato esperar ninguna armonía final en un ámbito donde tan temible es –a la hora de la praxis– la justificación basada en el ideal «impecable» de justicia como en el «implacable» orientado al bien común (Del Águila, 2000: 39 ss. y cap. 3). Dicho de otra manera, Maquiavelo señala que en política hay que aceptar el *mal menor* inherente al bien mayor, lejos de la utopía o de cualquier idealización. Ahora bien, eso presupone haber secularizado y desmitologizado el discurso político (no hay ley divina ni natural como referencia y garantía últimas) para asegurar la ardua autonomía de los humanos frente a la religión o la economía. Y ese abandono de un hipotético Sentido superior (providencialista, teleológico, etc.) que tutele a la política es lo que no se le perdona y una de las grandes causas que le convierten en «maquiavélico».

Sus críticos afirman con razón que no puede justificarse cualquier cosa, pero lo cierto es que el italiano no disimula la trágica realidad de los asuntos públicos ni esconde sus cartas, empezando por el hecho de no ceder el gobierno a lo que hoy llamaríamos tecnócratas o ideólogos que diluyen la responsabilidad de los actos. Su postura de fondo nos parece la del realismo informado y reformista, demasiado pragmático pero no cínico o cruel, ajeno por igual a la euforia de los ilusos y la resignación de los pesimistas. Y así, con ese espíritu, el Príncipe tiene que prepararse –por un lado– para valerse por sí mismo ante la adversidad, y aprender a «poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad», por otro (*Príncipe* –en adelante P–, XIV y XV, respect., ambos en p. 83). Lejos del intelectualismo moral, las duras exigencias de la cosa política, viene a decir, demandan gran entereza y que a menudo se haga lo que no se debería ni querría hacer.

Precisamente para que los conflictos sean menores y para aliviar las perplejidades, el arte de gobernar requiere adquirir unos conocimientos (saber es poder, claro), aunque no son taumatúrgicos ni moralizadores; y entre los cuales priman los relativos a las pasiones humanas, su educación y uso en beneficio colectivo (con lo que el poder también genera saber). Quiere decirse, como veremos, que las pasiones son *fuerzas*

imprescindibles y eventualmente constructivas –una vez encauzadas– en la gestión de la convivencia y de sus logros, a lo que se añade que son idénticas en lo básico a lo largo del tiempo, de modo que contrapesan en parte las frecuentes variaciones de las circunstancias históricas y ayudan a guiarse frente a las mudanzas de la *fortuna*. Por eso Maquiavelo les presta tanta atención como uno de los hilos conductores del discurso y presupuesto antropológico de todo el quehacer político.

2. LA PASIÓN POR LA POLÍTICA

Es sabido que el poder ejerce una gran atracción por diversos motivos, sea la capacidad casi demiúrgica de hacer posible las cosas y crear sentido, por vanidad y afán de gloria, por ambición y simple placer del mando, e incluso por la convicción de servir al bien común... (Los intereses del gobernante y los colectivos no tienen por qué chocar siempre para el italiano). Pero nada de eso puede sostenerse sin una serie de requisitos que otorgan consistencia al desempeño, como ser capaces de formar juicios y después decidir, cosa que para nuestro autor debe hacerse con rapidez, sin titubeos ni procrastinación. Todo ello con la finalidad de «curar» los males públicos (P, III, 39), esto es, de resolver problemas sin dejar que se enquisten y empeoren; terapia al servicio del deseo general de vivir en libertad y salvar a la república (o, más concretamente en ese momento histórico, unificar Italia y defenderla de las invasiones extranjeras, cf. P, XXVI). Así, la política suscita pasiones en el hombre de acción en la medida en que es útil, eficaz y resolutive... para transformar la realidad.

En breve resumen, conviene traer a colación algunas claves del planteamiento maquiaveliano para contextualizar desde ellas el tratamiento de las pasiones. Así, los elementos centrales («cimientos y fundamentos» de todo Estado) son «las buenas leyes y las buenas armas», estrictamente recíprocas en la conservación del orden político (P, XII, p. 72), lo que significa unir la fuerza y los consensos que se creen justos. Ambos dispositivos se complementan en la tarea de salvaguardar las instituciones, pues encarnan la vertiente *dura* y la *blanda* del poder, por así decir, o, si se prefiere, expresan la potencia de la coerción y la de la convicción que alientan en toda práctica política consolidada. Además, en un sentido coherente que prolonga el dualismo, el gobernante debe ser temido y amado, en este orden de prioridad (P, XVII, p. 90), dispuesto a «saber utilizar correctamente la bestia y el hombre» que hay en él y en todos; lo que a su vez –según expresión bíblica recuperada– supone comportarse como «león y zorra», es decir, ser valiente y astuto, noble y taimado (P, XVIII, pp. 90 y 91, respectivamente), según los casos. Todo lo cual no es sino un retrato del poder y del poderoso en torno a la producción y combinación de pasiones opuestas con equilibrio.

En segundo lugar, el factor que decide la mezcla justa y qué medidas tomar es la comprensión de la circunstancia, con sus datos particulares y con las tendencias de fuerzas en juego. A eso se llama tener sentido de la oportunidad («occasione») y saber leer las propensiones de la situación para actuar como corresponde y en

el instante preciso: «variar con los tiempos y buscar la buena fortuna», sobre todo cuando se obra según la inclinación de la naturaleza (*Discursos* –en adelante D–, III, 9, pp. 330 ss.). Nótese que uno es activo para acoplarse a la corriente, nunca aguarda pasivo o rígido sino que aplica una actitud alerta y flexible. Pero también hay que contar con las «inclinaciones» naturales cuando son claras –donde las pasiones tienen un peso evidente– y no contravenirlas en exceso a la hora de amoldarse a ellas y al contexto. Es decir, hay que considerar conjuntamente lo que no cambia y lo que sí lo hace –lo antropológico y lo histórico–, y si coinciden no hay lugar para las dudas.

En tercer lugar aparece la famosa dicotomía entre los medios y los fines: es cierto que Maquiavelo nunca afirma expresamente que éstos justifican aquéllos, pero lo da a entender con meridiana claridad cuando indica que los hombres suelen juzgar según los resultados y que luego distinguen entre lo bueno y lo malo a tenor de ellos (D, III, 35, pp. 397 ss.). De ahí, por dar un ejemplo muy relevante, que el vicio y la virtud se establezcan en función de la salvación del Estado (P, XV, p. 84; D, III, 41, p. 441) y no al revés. Con lo que las pasiones en general también se definirán y usarán de acuerdo a este criterio político y no moral. He aquí el pragmatismo que muchos critican, a veces con alguna hipocresía, pero que el autor no esconde y da por sentado que es práctica corriente: mentir y simular son necesarios en política, como lo es incluso «actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad...» si no queda otro remedio y la buena intención no sirve (P, XVIII, pp. 91 ss.). Lo decisivo es que el florentino no hace pasar por moralmente bueno lo que es perverso ni dice nunca que el malvado sea virtuoso por el hecho de triunfar con medios inicuos, cosa que además no trae la gloria verdadera (P, VIII, pp. 59 ss.). En otras palabras, hay que moderarse cuanto se pueda y hasta hacer un «buen uso de la crueldad», si cabe la expresión, reduciéndola y acortándola en el tiempo al mínimo indispensable (P, VIII, p. 62). Lo que encontramos al cabo es una variante extrema de la política de la responsabilidad y de las consecuencias frente a la de las convicciones (por decirlo con Weber), pues nadie dijo que la cosa fuera fácil ni agradable: la pasión por el mando y el bien público conllevan postergar en ocasiones los escrúpulos, no eliminarlos.

En cuarto lugar, es adecuado prestar atención a la *puesta en escena* del poder y al papel de la religión para su mejor desenvolvimiento: la autoridad también se basa en una serie de rituales y representaciones más o menos teatrales e icónicas, como bien sabía el italiano (Balandier, 1994: 16) y secundan a placer los agentes de la imagen política contemporáneos. Ni que decir tiene que es otra de las vías para manipular, educar y encauzar las pasiones colectivas, según se quiera hacer. Esta vieja enseñanza de todos los regímenes políticos que en la historia han sido tiene muy en cuenta el uso de las creencias, ritos y símbolos religiosos como fuente preciosa de legitimación y vía capital para encauzar los ánimos colectivos. Para Maquiavelo, por tanto, creer o no creer es secundario, de modo que el fingimiento en este terreno está justificado por la estabilidad que proporciona el elemento religioso y sus instituciones (P, X y XI). En cambio, critica con dureza a la Iglesia católica a

la vista del comportamiento disgregador y nocivo para Italia que sigue, pues maquina acuerdos con potencias extranjeras, aparte de que el cristianismo promueve las pasiones débiles y resignadas de los humanos, lo que los desactiva como sujetos políticos. En definitiva, la política debe cuidar tanto el fondo como la forma y los símbolos de sus actividades si quiere resultar convincente, pero además hacerlo con el fin de fortalecer a los individuos.

Por último, hay que referirse al tópico de la *virtud* y la *fortuna* en donde desembocan muchos de los asuntos mencionados, en el bien entendido de que la primera se adquiere con las cualidades del sistema institucional y del gobernante ya apuntadas, y sólo a partir de ahí puede aspirarse a no depender demasiado de la segunda (P, VI, p. 48). Nuestro autor insiste –con el prejuicio patriarcal de la época– en que la fortuna es femenina y sólo es conquistada por los hombres audaces, aunque no puedan vencerse siempre las pesadas inercias de los humanos que no saben reaccionar a tiempo ante los cambios de la situación. Pero más allá de los méritos personales o de los reverses que se presenten, lo importante es el compromiso de ejercer la libertad (de la cual depende al menos la mitad de los desenlaces, dice Maquiavelo, incluso aunque haya influencias astrológicas), tanto más si aquélla se vale de los medios precisos para constituir una «virtud organizada» (P, XXV, pp. 117 ss.). Por tanto, el buen Príncipe no es el héroe personalista que impone su voluntad sin otros apoyos que su astucia y coraje, sino aquel que sabe articular una forma de gobierno estable y equilibrada. De hecho, el mandato unipersonal sólo se justifica, como es sabido, en casos de grave crisis y en absoluto es mejor que el orden republicano de reparto del poder en condiciones normales, como prueba el ejemplo de Roma.

A este respecto, deben destacarse dos mecanismos en virtud de los cuales la estructura política solvente organiza y facilita la virtud pública (prioritaria frente a la privada): primero, perseguir por métodos institucionales tanto la libertad como la seguridad, sin que una aplaste a la otra, de modo que eso permita canalizar los diversos intereses y asumir los inevitables conflictos sin rupturas (D, I, 7); y esto aunque la experiencia demuestra que muchos ciudadanos privilegian el lucro y la seguridad por encima de todo (D, I, 17 y 34). En este punto, el florentino quiere contrarrestar las pasiones habituales mediante cierta equidad, tal como define el segundo aspecto: hay que evitar la desigualdad excesiva, pues eso mina la moral colectiva y engendra privilegios y corrupciones, por lo que es preferible que el Estado sea rico y los ciudadanos vivan modestamente ((D, I, 37 y 17), tanto más cuanto que son las clases ociosas las que envenenan la convivencia (D, I, 55). Una vez más, se trata de proteger a la libertad de la mayoría («vivere libero e civile») del asalto de las minorías y eso requiere también seguridad económica.

No sería malo tomar nota de estas advertencias hoy, especialmente para defender el bien común desde instancias públicas que frenen, en su caso, el provecho privado sin límites (D, I, 40 y 53), saliendo al paso así de cierto liberalismo salvaje, al igual que la tradición liberal ha criticado con razón los tintes colectivistas del republicanismo, incluidos los maquiavelianos (Villaverde, 2008: 54 ss.). El florentino afirma, en todo caso, que la destrucción de la sociedad no sólo depende de los eventuales abusos

del poderoso —que gobierna por encima de las facciones, apoyándose en el pueblo—, sino de la existencia de oligarquías o grupos de presión que pugnan por dismantelar el imperio de la ley y aquellos mecanismos reguladores. Es obvio que tan dañino es un tipo como otro de corrupción en la vida social y haríamos bien en recordarlo a la vista de nuestra situación histórica.

3. POLÍTICA DE LAS PASIONES

Como se ha adelantado, las pasiones (afectos e impulsos conectados a valores, intereses, etc.) imperan en la convivencia y constituyen por eso uno de los temas recurrentes y vertebradores de la acción política, toda vez que responden a una naturaleza humana perenne («mismos deseos y humores», D, I, 39, p. 127) y son la materia bruta que hay que modelar, es decir, la piedra de toque para cualquier gobierno. Aunque el autor se acerca a la teoría de los ciclos históricos de Polibio en busca de una forma de regularidad que facilite la comprensión de los asuntos humanos, nada resulta tan eficaz en la praxis ordinaria como la doma de las pasiones que constituyen los resortes habituales de la conducta. Por consiguiente, moderarlas y dirigir las es parte esencial del arte político, no exento de teatralidad como se apuntó: que cada cual asuma razonadamente su *papel* cívico sería lo ideal, pero no es el caso y la mayoría debe ser conducida a representar el más conveniente gracias al manejo de sus emociones, evitando frustraciones excesivas o estallidos pasionales.

Y esto se logra poniendo límites, lo que lleva al poderoso a mimar a los aliados o aplastar a los enemigos, con pocos tonos intermedios para no dejar margen a la venganza del rival (P, III, p. 37). Enseguida hay que decir que Maquiavelo no es optimista al respecto, dado que una gran parte de los impulsos humanos son egoístas y dañinos, tales como la ambición, la codicia, la suspicacia... (D, I, 29, p. 103), o cuando el temor persistente se revuelve de manera peligrosa (D, I, 46, p. 140). En efecto, la actitud realista no admite idealizaciones ni utopías, sino avisos que parten de la experiencia histórica: «Es necesario que quien disponga una república y ordena sus leyes presuponga que todos los hombres son malos, y que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente» (D, I, 3, p. 37). Luego hay que prevenir en vez de curar. Lo notable, sin embargo, es que no habla de una maldad metafísica o en clave teológica, sino en términos pragmáticos y por ello prefiere ponerse en lo peor para precaverse. No hay, pues, un pesimismo antropológico esencialista, sino más bien uno regulativo y utilitario, pues también señala que el hombre fluctúa mucho y que la maldad y la bondad no son absolutas e invariables (D, I, 26 y 27). Obviamente, Maquiavelo no es un predicador religioso como Savonarola ni sitúa el debate en el terreno del *pecado original*.

Nadie puede negar la ingratitud general de los sujetos, su avidez y volubilidad, ni que el afán de riqueza pesa incluso más que el de honores o cualquier otra cosa (P, XVII, pp. 88 ss. y D, I, 37, p. 123, respectivamente), pero lo que debe extraerse de ahí son enseñanzas para la buena organización de la sociedad (incluido el control de las finanzas del Estado), no condenaciones que se recrean en descalificar por

completo. En otras palabras, lo decisivo es contrapesar esas tendencias y establecer una peculiar *necesidad* política, esto es, artificiosa y contranatural: ya que las inclinaciones naturales y los hábitos, el carácter y los modos automáticos de actuar tienen mucha fuerza (por encima incluso de las evidencias que se les opongan) y a menudo conducen a la ruina y el fracaso (D, III, 9, p. 332), hay que concluir que «los hombres sólo obran bien por necesidad» legal o material (D, I, 3, p. 38) y que «siempre te saldrán malos a no ser que una necesidad los haga buenos» P, XXIII, p. 114). Lejos de la confianza en el comportamiento espontáneo de las personas, el italiano concibe la política justamente como el diseño de una paradójica «necesidad» que evita problemas y obliga a la sensatez cuando sea menester, aunque para ello tenga que imponerse sin contemplaciones. Por tanto, ni lamentos ni imprecaciones frente a los desórdenes pasionales, sino la toma de medidas razonables.

Hagamos un pequeño alto en el camino para reparar en este asunto crucial: los seres humanos (poderosos o no) están lejos de ser algo acabado e inmutable, por el contrario, son ambivalentes y contradictorios, sometidos a las circunstancias aunque prime el egoísmo. Y esto los hace maleables de cara a la consecución del bien común y la salvaguarda del Estado, que es lo único irrenunciable (tampoco serviría de mucho asentar la dicotomía actual entre *halcones* y *palomas*). La política parte del desengaño y la cautela, no desemboca en ellos (como hace la antipolítica represiva con esa coartada), esto es, cuenta ya con los inconvenientes y dificultades de la vida colectiva antes de empezar su camino. El empeño consiste en «organizar la virtud pública» a pesar de los pesares, lo que no es otra cosa que civilizar frente a la barbarie que supone la ley del más fuerte y el sálvese quien pueda. Podría decirse que, a la postre, Maquiavelo esgrime una cierta confianza en la socialización forzosa (las pasiones también son útiles), o, si se prefiere, hace de la necesidad virtud...

Comportamiento que siempre ha caracterizado al ser humano, dicho sea de paso, quien se enfrenta con sus mejores herramientas (las manos y el lenguaje, D, III, 12, p. 339) a las embestidas del medio y a sus propios límites. Así que no sorprenderá que en un segundo momento se hable de educar esas pasiones perennes, sin dejarse llevar por ninguna clase de reduccionismo naturalista o historicista, pues la síntesis de lo dado y lo construido es flexible y admite grados, especialmente si se incide bien en las costumbres, los intereses y «el modo de vida de los pueblos» (D, III, 43, p. 413). Se trata de intervenir adecuadamente en la praxis ordinaria, una vez sea bien conocida y sin pretender cambiarla del todo, echando mano de las instituciones, las creencias, los símbolos, etc. Y para no quedarse en generalidades hay que deslindar entre el aprendizaje que corresponde al gobernante y el de los gobernados, pues la sociedad entera tiene que moderar sus pasiones y hacerlas incluso fecundas.

Quien manda no puede ser convencido con exhortaciones morales y buenas palabras, sino apelando a sus metas, entre las que sin duda sobresalen la propia autoconservación en el poder y la gloria o reconocimiento universales. De ahí que les convenga fijarse en el ejemplo histórico de los grandes hombres, pues sirven de guía y estímulo (P, VI y XIV), entre otras cosas por su capacidad para fundar y/o fortalecer

estados al sumar hábilmente la potencia generadora de la religión, la política y las artes y letras (en este orden). Al final, lo que importa es que los poderosos entiendan que les beneficia más la medida, la liberalidad y la cooperación con otros que lo opuesto, especialmente cuando la mejor vía para asegurar su buena fama presente y futura es el servicio al Estado: la seguridad y el bienestar de la mayoría traen honor y estabilidad, como demostraron los Antoninos en la antigua Roma, frente a los riesgos y el vituperio eterno que arrostran los tiranos y los destructores de la paz civil (D, I, 10, pp. 59 ss.). Como siempre, el pragmatismo es la mejor escuela para el florentino, pero sin olvidar el valor añadido de los modelos de excelencia.

Por lo que se refiere a la multitud (no podemos entrar en detalles ni escalas intermedias), es fundamental inculcarles desde la cuna el amor a las virtudes republicanas, en la estela clásica: la libertad, el bien común, los ritos religiosos y civiles, el servicio público y, en general, la fortaleza en todos los aspectos mundanos; a la vez que se critican por ineficaces y debilitadores la renuncia, los sacrificios y la humildad (D, II, 2). Maquiavelo no quiere la pura mansedumbre de la gente común, a diferencia de la tradición cristiana y de otros teóricos que siempre desconfían de aquélla, quizá porque reclama su energía y admite la capacidad que los humanos tienen para entender las cosas (sobre todo en los asuntos particulares), no menos que observa la facilidad con que se dejan engañar respecto a lo general y a veces atraen la desgracia colectiva (D, I, 47 y I, 53, respectivamente). Aquí se ve de nuevo cómo la posición del italiano es multilateral y no incurre en la frecuente *demofobia*, pues prefiere adoptar un tono constructivo e incluyente, lo que exige que haya un buen ordenamiento legal y figuras políticas que expliquen las cosas.

Nunca se insistirá lo bastante en este punto: Maquiavelo justifica el engaño y la crueldad eventuales por parte de quien ostenta el poder, pero también insiste en la necesidad de contar con los ciudadanos, sin postergarlos y mucho menos tiranizarlos. La demagogia y el populismo tienen para él un límite claro en la salvaguarda de la libertad republicana (desde luego perfectible según nuestros estándares) en la que todos deben participar. Es cierto que la autodeterminación del Estado está muy por encima de la de cada uno de sus miembros (el todo impera sobre las partes), pero eso no es óbice para que éstos puedan ejercer sus derechos y sus deberes de forma satisfactoria. Las «buenas leyes y la buena organización» (*Istorie*, IV, 1) sirven precisamente para crear las condiciones de posibilidad del bien común en el que todos colaboran libremente a la vez que defienden sus aspiraciones particulares.

La defensa de las capacidades de los ciudadanos queda bien establecida al afirmarse nada menos que «La multitud es más sabia y más constante que un príncipe», si hay una buena constitución (D, I, 58, p. 167), como demuestra la experiencia romana entre otras, pues la multitud suele mostrar más gratitud, prudencia y buen juicio que los príncipes, a menudo soberbios y caprichosos (*ibid.*, p. 169). No hace falta insistir en lo insólito de este planteamiento a lo largo de la tradición. Y es que otro tanto hay que pensar respecto a la elección de los magistrados, pues la multitud suele acertar más que el Príncipe si está en las mismas condiciones de recibir consejo e información (D, III, 34). Tales apreciaciones a favor de la inteligencia colectiva

convierten definitivamente al florentino en un innovador que defiende las grandes asambleas y las votaciones populares (llevando lejos la línea iniciada por Marsilio de Padua, entre otros), hasta hacerle acreedor al calificativo de protodemocrático. En conjunto, queda claro que las pasiones no afectan más al pueblo que al Príncipe, sino todo lo contrario: la pluralidad de criterios permite debatir y equilibrar los afectos particulares y los eventuales desatinos.

4. CONCLUSIÓN

A nadie se le oculta la distancia que hay entre Maquiavelo y las teorías contemporáneas sobre la libertad democrática, el respeto a los Derechos Humanos y la defensa de una acción política impregnada por valores éticos no meramente pragmáticos. Pero eso no significa confundir ética y política para escabullirse retóricamente de las dificultades y antinomias (a veces insalvables) del ejercicio responsable del poder, lo que con frecuencia obliga a buscar el mal menor, como ha mostrado Ignatieff (2004). Por supuesto que esto no justifica actos indefendibles (como la tortura legalizada), lo que quiere decirse es que un planteamiento *realista* es el que afronta los graves problemas de la convivencia sin disimulos y no se conforma con salvar la buena conciencia por medio de meras intenciones y bonitas palabras. Maquiavelo sale al paso de estas cuestiones con valor y agudeza, no sólo con voluntad estratégica, de modo que puede y debe ser criticado pero no ignorado ni vilipendiado sin más.

Su defensa de un sistema republicano flexible y participativo –siempre mejor que el principado, recuérdese, salvo en situaciones extraordinarias (D, III, 9, p. 331)– se basa en la mayor eficiencia, en la capacidad de adaptarse mejor a los tiempos y en favorecer la más amplia solidaridad e interdependencia de los ciudadanos, que no súbditos. Naturalmente, el poder siempre es coactivo, pero también debe educar y canalizar las legítimas pretensiones de los individuos, lo cual sólo es posible si tiene en cuenta las pasiones que a menudo los guían. Por eso es tan importante hacer un uso constructivo de las mismas, apreciando su carácter básico como fuerzas necesarias de la vida social, tanto para disciplinarlas (D, I, 18 y 42) como para confiar en la multitud que –dado un marco político bien articulado– sabe lo que quiere y necesita.

En definitiva, se trata de escapar del *buenismo* por un lado y del pesimismo antropológico por otro, del paternalismo moralizante y de la actitud antipolítica de los que llegan al amargo desengaño sin haber entendido que ése es precisamente el punto de partida. Maquiavelo no es un ángel ni un demonio, sino alguien que aprende de la experiencia (directa e histórica) y propone reformas inteligentes para su tiempo, que no es el nuestro pero tampoco radicalmente otro. En ocasiones desagrada su lectura descarnada del poder, o el nacionalismo y el belicismo que trasluce como hijo de su época, pero es inevitable afrontar los desafíos que plantea con lucidez. Nadie tiene respuestas definitivas que zanjen el debate y sólo cabe seguir buscando los ajustes *necesarios* para paliar la condición *trágica* de los seres humanos.

BIBLIOGRAFÍA

- BALANDIER, George. 1994. *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Barcelona: Paidós.
- DEL ÁGUILA, Rafael. 2000. *La senda del mal. Política y razón de estado*. Madrid: Taurus.
- IGNATIEFF, Michael. 2004. *The Lesser Evil. Political Ethics in an Age of Terror*. Princeton University Press.
- MAQUIAVELO, Nicolás. 1987. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Trad. A. Martínez Arancón. Madrid: Alianza Editorial.
- MAQUIAVELO, Nicolás. 1992. *El Príncipe*. Trad. M. G. Granada. Madrid: Alianza Editorial.
- VILLAYERDE, M.^a José. 2008. *La ilusión republicana. Ideales y mitos*. Madrid: Tecnos.
- VALLEJO Nájera, Juan Antonio. 1989. *Locos egregios*. Barcelona: Planeta.